

L'usage de tout système électronique ou informatique est interdit dans cette épreuve

Traduire en français le texte ci-dessous.

Elogio del malestar

En las sociedades ricas y seguras cada vez soportamos menos el dolor. Primero, el dolor físico. De lo cual, en líneas generales, me congratulo, porque es una consecuencia del adelanto médico, y porque no creo que uno deba sufrir en su carne si puede evitarlo. Aun así, lo cierto es que nos estamos volviendo seres blandos y quejicas. Por ejemplo, durante toda la historia de la humanidad, y hasta hace muy poco (en algunos países aún es así), la gente se sacaba las muelas a lo vivo, cosa de sólo pensarla me da un mareo. Y, sin embargo, nuestros antepasados lo aguantaban. No añoro ni por asomo esos tiempos rudos, pero lo cierto es que nuestra actual dependencia de todo tipo de anestésicos nos ha hecho acaso más felices, pero también más débiles y menesterosos.

Pero lo que me parece verdaderamente preocupante e incluso peligroso es nuestra falta de resistencia ante el dolor vital. Qué digo dolor, ni siquiera: hoy en día no soportamos ni el más pequeño malestar. Envenenados y engañados por la imagen del mundo que nos ofrecen las películas y, sobre todo, la publicidad, tendemos a creer que la vida es una fiesta permanente llena de familias felices correteando con sus preciosos perros por campos primaverales, de amores que no acaban nunca, de ejecutivos con trabajos apasionantes, de cocinas impecables donde las amas de casa (todas guapas) se lo pasan estupendamente. ¡Pero si hasta limpiar un fregadero lleno de cacharros grasientos parece ser una auténtica juerga! Y cuando algún anuncio refleja un malestar, un dolor de cabeza, enseguida, tras la correspondiente medicina, la felicidad vuelve a estallar en un paroxismo jubiloso.

El concepto actual de la felicidad es relativamente moderno. Durante la Edad Media, por ejemplo, la gente vivía instalada en lo contrario, en la aceptación del dolor como único destino, en el llanto perpetuo de la pérdida del Paraíso. Pero después, a medida que se fue desarrollando la conciencia individual, los humanos fuimos aspirando cada vez más a conseguir el gozo en este mundo. En el siglo dieciocho se escribieron numerosos discursos que ya planteaban el tema en términos modernos: «No consigo creerme que haya venido a este mundo para ser desdichada», decía Mme du Châtelet. Es una afirmación plenamente contemporánea y un logro en el desarrollo del ser humano. Pero una cosa es aspirar a ser feliz y saber que tienes derecho a ello, y otra muy distinta esta obligatoriedad de la dicha perpetua. Hoy la gente no soporta la más mínima pesadumbre. Pero el problema es que la existencia es siempre crítica. No se puede vivir sin altibajos, sin miedos, sin desasosiego, sin cosechar fracasos. Luego también existen los momentos perfectos, las risas, los diversos amores, toda esa belleza que seremos capaces de apreciar si aceptamos precisamente la cuota de malestar. Porque la vida es muy hermosa, pero duele.

Rosa Montero, El País, 5/6/05